

MIL SURCOS

Piensa en todo lo que ha sucedido aquí, en esta tierra. En toda la sangre ardiente y violenta y fuerte que ha perseguido la vida, el placer. También pasaron pesadumbre y sufrimiento, naturalmente, pero en cualquier caso sacando siempre algo de todo ello, mucho, porque en última instancia uno no tiene por qué seguir soportando aquello que considera sufrimiento, pues siempre puede poner fin a tales situaciones. E incluso el sufrimiento y la pesadumbre son mejores que nada; no hay nada peor que no estar vivo.

WILLIAM FAULKNER

“Gente de antaño”.



1

1918. Se pone en marcha con la fuerza de una promesa. Se puede decir que lo llevan a la fuerza sólo porque le hacen una promesa, una que no van a cumplir nunca, que él sabe bien que no podrán cumplir nunca. Así y todo, en vez de volver desde el pueblo —donde pasó la mañana ofreciéndose para cualquier trabajo— hasta la casita de madera donde vive con su familia, él se va con esos hombres que prometen: prefiere una promesa a no tener nada. Le dan un fusil viejo y un uniforme, le ordenan que marche y ahí va él, sintiéndose más hombre que antes, pensando que decide cada vez que obedece. La orden no sólo se la dan los otros sino también su propio estómago, porque la promesa es comida: le hablan de un pan que esa tierra, hollada por muchos ejércitos, ya no parece capaz de darle a nadie.

Idl Lazarus tiene un uniforme polvoriento y un fusil que sólo ha disparado contra latas y botellas. Tiene diecisiete años y todo el hambre del mundo. No quiere ser

una carga para sus padres. Por eso camina desde hace días por una vasta región cuyo eje es una ciudad distante que él llama por el nombre ruso de Lvov, y que los soldados de otros ejércitos llaman de otras maneras.

Veinte hombres caminan delante; nueve van detrás. No todos tienen armas. Hasta hace poco, la mayoría eran campesinos igual que Idl y que su padre, y que el padre de su padre (quien más de sesenta años antes se había mutilado dos dedos del pie con tal de no ser reclutado para pelear en Crimea). Ya no se ve de qué color son esas caras y esos uniformes, tapados por el polvo o el barro. Esos treinta espectros que marchan casi sin fuerzas han perdido el color como si formaran parte del ejército de terracota que mandó enterrar el primer emperador de China. Claro que Idl no puede saber nada de aquel ejército subterráneo. No sabe nada sobre China, *China* sólo le parece un nombre de fantasía aplicable a una tierra lejana, de sueños y cuentos para irse a dormir. *China, India, América, África...* sólo nombres exóticos, fértiles para la imaginación o el desvarío. Idl extraña su cama, el olor de la leña. No extraña el hambre, que es el mismo en cualquier lugar, se llame Lvov, Galitzia, Polonia, Ucrania, Rusia o China.

A mediodía atraviesan un caserío abandonado; pasadas las dos de la tarde llegan a un cruce de caminos al borde de un bosque. El sargento ordena internarse entre

los abedules y descansar. Los soldados pisotean doscientos metros de sombra y reparten sus espaldas rotas entre los distintos troncos del bosquecito. Algunos todavía tienen fuerzas como para buscar frutos silvestres en los arbustos, matas crispadas por el frío aunque todavía no las cubra la nieve.

El sargento y el cabo se apartan del resto para cuchichear. Van atrasados al punto de encuentro. Eso lo saben todos. Dónde queda el punto de encuentro, eso sólo lo sabe el sargento. Si alguien se pierde, debe presentarse en la comisaría del pueblo más cercano para que lo reasignen a otra unidad. Si no se pierde, el soldado no necesita saber más que adelantar un pie y después el otro.

Idl puede oírlos. Hay que ir a explorar, dice el cabo, no podemos seguir hasta Lvov con las provisiones que nos quedan. Por acá no hay nada, asegura el sargento, que conoce mejor la zona. Habría que mandar a un par de hombres a que echen un vistazo del otro lado del río. ¿Hay un río cerca?, pregunta el cabo. Sí, dice el sargento. No es el Dniéster pero algo es algo. Eso sí, acampar por ahí sería peligroso. Si nos encontramos con alguien, no va a ser de los nuestros.

Todos están demasiado cansados para ir a explorar, dice el cabo. Cierto, dice el sargento, pero después se va a hacer de noche y nuestra situación va a ser peor todavía.

Tiene que ser ahora. El cabo asiente y enseguida propone: uno de los exploradores podría ser el judío. El otro podría ser un voluntario. Y si no hay voluntarios, que lo decida el azar. Me parece bien, dice el sargento, llame al judío entonces.

¡Lazarus!, grita el cabo. Idl se levanta con un ligero mareo y se presenta ante sus superiores. El cabo pide un voluntario más para la expedición. Idl está seguro de que nadie va a ofrecerse, pero en eso un tal Piotr levanta del suelo sus dos metros de músculo y hueso, y se suma sin decir palabra. El sargento les explica lo que tienen que hacer: dibuja un mapa en la tierra negra del bosque. Idl intuye que ese mapa que sale de la punta de una ramita no representa la realidad. Es un mapa del deseo. Del deseo del sargento, básicamente. Miren bien. Una crucecita solitaria: nosotros, aquí. Una línea sinuosa como la huella de una serpiente: un río, hacia el oeste. Otra línea recta y corta, cruzando las ondulaciones de la anterior: un puente, que es imprescindible encontrar. Imposible meternos hasta el pecho en el agua helada. Muchos puntitos del otro lado del río: granjas. Hipotéticas, probables, deseadas granjas. Con comida, asegura el sargento.

Idl y Piotr empiezan a caminar. Piotr es algo mayor y —por lo poco que Idl sabe— ha participado en la guerra por bastante tiempo, en Volinia, en Podolia e incluso

más allá del Dniéper. En cambio Idl ni siquiera ha visto a sus enemigos desde que se unió al ejército. Le pregunta a Piotr cómo distinguirlos por los uniformes o por sus armas. ¿Cómo son? Ah, mi amigo, dice Piotr —cuya voz y suaves maneras sorprenden a Idl porque no conciben con su brutal físico—: ahora hay ejércitos de todos los colores en la tierra. Nuestros paisajes se pueden pintar con el color que quieras, sólo hay que abrir la caja y elegir. Rojo Bolchevique para colorear amaneceres. Blanco Zar para las nubes que se disuelven y la nieve que se derrite sin remedio. Verde Nacionalista para todos los campos de labranza, ya sea que se trabajen de verdad o que sólo se administren desde Kiev. Negro Anarquista para sombrear con ferocidad todo lo otro, sin dejarse dominar por nadie. ¿Queremos cosacos, con barbas marrones y ojos amarillos de furia? Hay. ¿Queremos bandas de ladrones y forajidos de colores cambiantes? También tenemos, por todas partes. Si necesitamos azul podemos pedirselo al cielo, pero no creo que nos lo dé: el cielo no regala nada en estos días. Y si necesitamos otros colores podemos pedirselos a los alemanes, que ahora corren, o a los rumanos, que a veces corren y a veces no, o a los polacos, que hoy nos corren a nosotros. Ellos también quieren pintar a su gusto los paisajes de la vieja Galitzia. Pero para nosotros que marchamos por

esta tierra y nos morimos de hambre en su nombre con tal de que nadie venga a ponerle un nombre distinto, para llamarla Ucrania como nos gusta a nosotros, todo este arco iris demente es sólo una forma de hablar, dice Piotr. No hay colores en la guerra. Si nos disparan, es el enemigo. Y si no nos disparan, entonces mejor empezamos a disparar nosotros. El nombre del juego es sálvese quien pueda. Así que avancemos con cuidado y juntemos todo el valor que tengamos dentro: si no nos hace falta hoy, puede que lo necesitemos mañana.

Piotr no dice más y apura el paso. En unos minutos ya va mucho más adelante. Un soldado-poeta, se dice Idl, perplejo, mientras lo sigue como puede. Le parece que detrás de cada árbol se esconde un soldado de un ejército distinto.

2004. La cabeza me va a explotar. Insisto en releer, pero ya no me entra más. Encerrada todo el sábado y lo que va del domingo. Ya son las siete: suficiente. Dejo los apuntes de Fisiología y bajo para despejarme. Camino por el barrio. En las cunetas todavía hay rastros del diluvio que cayó el viernes. Lo único que cae ahora es el sol, lánguido. Se viene el invierno, el frío aprieta cada día más.

Desemboco en la plaza Jerónimo del Barco. Pura ebullición dominical, doméstica, un poco deprimente en la humildad de sus pretensiones. Parejas acariciándose en los bancos, vendedores ambulantes con paños en el piso, familias, chicos por todas partes: lloran para que les compren alguna baratija, o corren como enajenados tras una pelota, o aprenden a andar en bicicleta, inseguros a pesar de las rueditas extra, o saltan una soga larga, o trepan por estructuras de hierro despintadas.

Atravieso el gentío para comprarme un helado en la Marvic. La fila me da tiempo de revisar mis bolsillos. Casi sin plata, primer fin de mes desde que dejé la casa de mis padres. La casa de mi madre, debería decir, ahora que él ya no está. Pasan los días y todavía no me acostumbro.

Un peso invisible me abate los hombros. ¿El recuerdo de mi padre muerto, el ambiente de la plaza, la precariedad de mi economía? Mis pensamientos se hacen desmesurados. ¿Es esto lo que se siente cuando a una no le queda nada? De esa pregunta paso a otras más patéticas y de repente me encuentro hundida en una opereta interior, una puesta en escena que monto en el teatro de mi cabeza con declamaciones dramáticas del tipo “oh, pobre de mí, cómo voy a poder vivir así, tan sola y sin *nada*”. Pero enseguida esa otra voz que a veces se prende en mi interior me dice: bueno, Perla, tampoco exageres. Algo

tenés. Te alcanza y sobra para un cucurucho grande, aunque después te quedarías corta para la cena, y en la heladera de tu nueva casa —ahí sí, es cierto— no te queda nada. Basta de llorar: tu “pobreza” es cosa de un día. Mañana tu madre te va a dar lo que te corresponde por junio: con administrarlo mejor que en mayo, listo. Mirá qué fácil. No tener qué comer ni donde dormir, no poder contar con nadie: *eso* sería no tener nada.

Dejo la fila, vuelvo a la plaza sin helado y pensando en la cena. De milagro se desocupa medio banco junto a un viejo adormecido. Me siento para ver la gente que pasa. Entretiene y todavía es gratis. El cielo se pone rosado.

En otro banco, a mi izquierda, hay un chico mandando mensajes con el celular. Cada tanto su teléfono suena como si le respondieran. El chico se ríe y vuelve a escribir, usando sólo el pulgar.

Enfrente, parada junto a un árbol, una señora gorda con un vestido floreado le habla a una nena. ¿La nieta? La nena lame un chupetín multicolor del tamaño de una paleta de ping pong. Tiene pinta de que la están retando por algo que ella no comprende bien.

Entre mi banco y el del chico, que sigue mandando mensajes, hay un espacio de baldosas desdibujadas por el polvo y tapadas por hojas secas, dos boletas de quiniela

rotas, una bolsa de praliné vacía, servilletas abolladas, una cucharita de helado sucia. Es basura pero hay belleza en cómo el azar ha dispuesto esos elementos entre estos dos bancos, iluminados por la luz rasante del último sol. Estoy concentrada en ellos cuando, sobre esa misma franja de luz rosada, veo rodar hacia mí un flamante billete de cien pesos.

1918. Dos horas después encuentran un curso de agua. En menos de un mes se va a congelar, pero ahora es una corriente mercurial y vigorosa, que parece más traicionera que profunda: el río del sargento. Del otro lado, a tiro de piedra, sólo se ve la continuación del bosque.

Los dos soldados beben con sorbos cortos, dejando que el agua se caliente en la boca antes de tragarla. Idl propone guiar a todos hasta el río: mejor ahí que medio muertos en el bosque. Piotr se niega: tardaríamos mucho en volver sólo con estas pobres noticias. Estamos cerca. Hay que aprovechar la luz que queda y encontrar el puente y las granjas. Si fallamos, entonces volvemos y por lo menos tenemos para darles la noticia del río.

Idl no insiste. Piotr señala hacia el sur y dice: yo voy a ir por ahí. Nos vemos en este tronco en una hora. Idl mira bien el tronco caído, un cigarro gigante que alguien

ha apagado sobre la tierra. ¿Y cómo voy a saber que ya pasó una hora?, pregunta. ¿Ves dónde está el sol?, dice Piotr. Cuando haya recorrido un tercio del camino hacia el horizonte, habrá pasado una hora. Nos vemos acá, Idl. A ver quién tiene más suerte.

2004. Una suerte increíble: rueda hacia mí, liviano y medio doblado en dos, el número 100 bien a la vista. Una brisa leve intenta llevárselo, pero el pegote de la cucharita de helado no lo deja: el billete queda clavado a un paso de mi banco. El más grande, el patriarca de todos los billetes. Sólo tengo que agacharme y estirar el brazo.

Busco a quién puede habersele caído. En la dirección de la que vino, sólo está el chico que sigue mandando y recibiendo mensajes de texto como si a su alrededor el mundo no existiera, o como si otro mundo, más concreto y más feliz que éste, se hubiera puesto en contacto con él a través de su teléfono. Tiene pantalones de gimnasia de esos que vienen con bolsillos verticales, sin cierre. Desde que perdió su billetera, mi hermano Ariel odia esos pantalones: son una mierda, te sentás y se te cae todo, protesta cada vez que mi vieja le compra pantalones con bolsillos así.

El billete tiene que habersele caído a él. Parece lo más lógico. No lo vi cayendo de sus bolsillos, pero apareció desde su lado. Debería preguntarle, disculpame, ¿esto es tuyo? A lo mejor me mienta: ah, sí, se me cayó, gracias. No puedo ser tan ingenua. Hay docenas de personas acá, a lo mejor es de alguien que pasó cerca y ya se fue. Alguien que tiene *muchos* billetes iguales en sus bolsillos. Alguien que no va a extrañar un miserable billetito de cien.

Me inclino como para atarme los cordones, pero en eso descubro que la gorda del vestido floreado tiene la vista clavada en mí. La cara muy seria, inmóvil, como diciéndome: lo vi todo, si tocás ese billete entro en acción.

Me ato los cordones sin volver a mirarla. Me tomo mi tiempo mientras se van prendiendo las luces de la plaza. Al erguirme, doy otro vistazo rápido: la gorda de mierda sigue mirándome a los ojos. Una mirada inexpresiva, con un mensaje claro: sé lo que estás haciendo. Las dos estamos en esto. Ojo con la siguiente movida. La nenita (la nieta, a lo mejor) le tira del bretel como para decirle algo. Un bretel ancho, floreado. A esta hora ya se debe estar cagando de frío. No deja de mirarme. No le da bola a la nena. Una abuela que no le da bola a su nieta, qué horror. Mala gente, sin duda.

El chico del celular se va hacia la avenida. Sigue mandando mensajes mientras camina, la mano bañada en una luz de color naranja pálido. Una parejita se instala en el banco desocupado. Se besan. No les importa nada ni nadie. Como contar plata delante de los pobres, pienso yo, que estoy tan sola y no tengo nada. ¡Nada!

La opereta está a punto de recomenzar, pero entonces se cierne sobre mí la ominosa sombra de un globo aerostático. La gorda: llega arrastrando a la nieta de la mano, hasta taparme la luz de los faroles. Un zeppelin floreado que no se puede ni agachar, y que por eso le dice a la nena:

Chiquita mía, haceme el favor y levántame eso que se me cayó.

La nena le da el billete de cien pesos junto con la cucharita de helado que trae pegada. Un billete que no puede ser suyo porque en ese caso tendría que haber venido zigzagueando con vida propia entre el tráfico de piernas para entrar en mi campo visual desde adelante, y no desde el costado, medio en diagonal.

La gorda tira la cucharita y se guarda el billete pegajoso entre las blanduras de su escote. Quiero decir algo, pero no sé bien qué. ¿Que el botín no era mío pero me correspondía por mera proximidad? ¿Que no era suyo y que yo iba a correr para avisarle al chico que se le había

caído plata del pantalón y que estuve un rato cuidándosela con la vista?

La gorda me calla con una mirada filosa y se va con la frente alta, llevando a su nieta de la mano, tal como la nena lleva en la otra su paleta multicolor.

1918. Idl sigue el río hacia el norte. Camina detrás de la primera fila de árboles. Lleva listo el fusil que hasta ahora nunca ha disparado. Tiene la cara limpia por el río; el resto del uniforme sigue cubierto de polvo y barro seco. Está cansado, pero por eso mismo no se permite parar. Si no encuentra el puente en media hora, tendrá otra media hora para volver al punto acordado. Quizás Piotr ya haya visto el puente por el lado sur.

La suerte —el puente— está del lado de Idl. No es sólido y ancho como el que había imaginado cuando el sargento dibujó aquella raya recta en la tierra. Son apenas cuatro cuerdas: las dos de abajo están unidas por algunas tablas semipodridas, muy cercanas a la corriente. Las dos de arriba se unen a las de abajo con algunos tramos de soga. Idl quisiera cruzarlo ya mismo pero, visto que lo encontró bastante rápido, decide volver para traer a Piotr y así cruzar el puente juntos. La excitación casi lo hace correr, pero reprime el impulso para ahorrar

fuerzas. Llega al tronco retorcido y mira la posición del sol. Todavía falta para que baje hasta donde indicó Piotr.

El sol baja y sigue más allá de ese punto: Piotr no aparece. Idl se pregunta si no habrá un segundo puente del lado sur, y si Piotr no habrá decidido cruzarlo para seguir buscando las granjas. Pensando en cosas así, Idl pierde una valiosísima hora de luz.

Sólo entonces se da cuenta de que el soldado-poeta no va a volver. No encontró un segundo puente y no encontró una granja; sólo encontró la oportunidad para escapar de ese martirio de ejército, que los somete a la tensión de mil enemigos invisibles y un hambre total. *El nombre del juego es sálvese quien pueda.* Idl patea el tronco diez o doce veces. Piensa en volver con los demás, pero en cambio empieza a caminar hacia el puente, ahora sin ocultarse tras los árboles.

Se cuelga el fusil del hombro, se toma de las cuerdas con ambas manos y adelanta un pie inseguro y luego el otro sobre las tablas negras, lisas y resbalosas. Suspendido en medio del río, es un blanco fácil. Pero nadie le dispara, y poco después alcanza la otra orilla, para buscar los puntitos en el mapa de barro: las granjas.

Idl encuentra una cabaña de madera reseca, junto a un corral sin aves. Escondido tras unos arbustos, toma su fusil con ambas manos mientras estudia cómo cruzar

corriendo hasta una pared sin ventanas. Sólo que, después de las primeras zancadas y apenas queda al descubierto, una mujer sale de la casa llevando de la mano a una nena de seis años. Idl y la mujer se detienen en seco, cara a cara, cada uno con la vida y la muerte entre sus manos. La mujer pasa de una sonrisa, sin duda programada para otra persona, a un gesto de terror que Idl detesta haber provocado. La nena empieza a gritar a todo pulmón, una alarma humana que eriza la sangre y la savia de todo lo que rodea a la granja.

Idl baja el fusil y habla en ruso, bien fuerte, no tanto para la niña que grita o para esa mujer congelada de miedo, sino para el hombre al que imagina cargando una escopeta en el interior de la cabaña. No venimos a hacerles nada, sólo buscamos comida, estamos muriéndonos de hambre. La mujer empieza a llorar y a Idl le parece que quiere competir con la nena, aunque sería imposible: la nena tiene dos pulmones fuertes, parece que va a berrear hasta que el color morado le haga estallar la cabeza. Tranquila, dice Idl y da un paso adelante, esperando esos disparos que se demoran en sonar tras las maderas grises. Camina y sigue hablando en plural, para convencer al hombre de la escopeta de que él viene con todo un pelotón detrás: yo sólo soy el mensajero, necesitamos comida, eso es todo lo que venimos

a pedirles. Miren, voy a dejar mi fusil en el suelo, no les vamos a hacer nada, sólo queremos algo para comer. Pero ese último verbo hace que ella redoble un llanto que no la deja juntar los labios para articular palabra. Desarmado, el explorador Lazarus llega hasta ella: nadie dispara desde la cabaña. Idl se convence de que ahí adentro no hay nadie y se anima a abrazar a la mujer. Sólo entonces ella se tranquiliza un poco y consigue hablar. Dice: es que nosotras tampoco tenemos nada.

De la novela *Mil surcos*.
© Martín Cristal, 2014.

www.martincristal.com.ar